

Augusto Iglesias

## Ideas y digresiones acerca de la sociología

UN LIBRO INTERESANTE.

El conocido e ilustre biólogo alemán, Profesor Georg Nicolai, que últimamente ha venido a radicarse entre nosotros, acaba de publicar en las prensas de la *Editorial Ercilla* un estudio lleno de enjundia y personales deducciones sobre uno de los temas más apasionantes de la vida científica contemporánea: el problema de los factores sociológicos y el porvenir de la ciencia que ellos determinan.

A este trabajo suyo el Dr. Nicolai le ha dado un título sugestivo y que resultaría—de no advertirse su relatividad en líneas harto elocuentes—hasta un poquito vanidoso; lo llama: «Fundamentos Reales de la Sociología».

Libro de sumo interés, que, por sentido reflejo, honra a la cultura chilena en cuyo medio se elaboró, trataremos en las líneas que siguen hacer alrededor de él un corolario de ideas pertinentes, con miras al tema central, y otras tantas digresiones sobre el mismo, pero que de modo alguno lleguen a desentonar con el asunto en debate.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.

El Profesor Nicolai intenta en este libro, según sus propias palabras, de suplir ciertas gravísimas deficiencias con que los

estudiosos de la sociología vienen tropezando en su labor investigadora. «Mientras los filósofos—expresa Nicolai (p. 18)—han seguido escribiendo *sociología*, los hombres de ciencia, desde los tiempos de Spencer, no se han preocupado siquiera de reunir, con fines sociológicos el material correspondiente».

Esto obliga a pensar a nuestro autor de que sería útil recopilar los hechos y realidades del desarrollo social; y es, precisamente, apoyándose en este pensamiento, que emprende el trabajo que ahora comentamos. Confiesa, sin embargo, que su objeto es más modesto que el de los sociólogos en general: «en vez de desenvolver teorías—p. 18—se limita a presentar hechos, sobre los cuales podría quizás cimentarse más tarde una teoría y a transmitir conocimientos con que luego se podrán juzgar las teorías de los demás. Sólo una vez y de pasada—añade—mencionaré algo teórico».

Pero ahora hay que delimitar; diremos, más bien, *señalar* el campo sobre el cual se van a colocar los cimientos o la primera piedra de este magnífico edificio. El mismo Prof. Nicolai nos ahorrará las preguntas que se nos vienen a los puntos de la pluma:

«Empero—dice (p. 19)—¿cuáles son estos hechos fundamentales? ¿qué es lo que debe saberse para comprender la Sociología?

«—¡Mucho!—casi podría decirse: todo.

«Como la sociedad es una reunión de individuos, lo que ante todo ha de conocerse es el individuo en su *fisiología* y *psicología*, ciencias que por su parte exigen conocimientos de *física* y *química*. A su vez para tratar de una reunión de individuos, esto es, de pueblos, la *etnografía* es imprescindible, así como para estudiar su desarrollo lo es la *historia* y la *prehistoria* con sus *ciencias auxiliares*. Pero como la sociedad es más antigua que la humanidad, no basta siquiera la *prehistoria* y tiene que recurrir a la *zoología* y la *filogenia* para ilustrarse acerca de sus comienzos.

«Bien sabido es que la vida social es distinta en las pampas que en las montañas; a orillas del mar que en los desiertos; y tendrá que acudir a la *geografía* y *climatología* para aprenderlo. Por otra parte, como la fase más importante de la socialización tuvo lugar en épocas en que mares y tierras estaban distribuídos de distinto modo, y como es muy posible que los eslabones desaparecidos entre los continentes desempeñaban un papel importante en las relaciones humanas, la *geología*, *geognosía* y hasta la misma *astronomía* son necesarias, (por ejemplo en la cuestión de la migración de los polos.)

«Así resultaría que en realidad el sociólogo necesita ser una enciclopedia viviente. Pero no basta saber todo esto (lo que es ya casi imposible en sí) sino que es preciso tenerlo tan vivo y presente en su mente que en cada momento se pueda disponer de todo con cierta holgura y combinarlo con la fantasía que es indispensable para reconocer en cada cosa su oculta relación con la sociedad. Y como esto sobrepasa las facultades de un solo hombre, precisamente esa enorme cantidad de detalles, acumulados en los últimos tiempos ha debido ser el motivo por el cual los hombres con inclinaciones científicas no han ensayado escribir una sociología completa. Pues a quien seduce el gran tema de nuestra sociedad tiene que elegir: él puede modestamente acrecentar el caudal de detalles como semilla para el futuro, o lanzarse a forjar presuntuosas teorías brindándonos con sus ideas acerca de la totalidad.

«Esta alternativa subsistirá hasta que una vez los detalles dispersos se hayan agrupado por confluencia natural, y así simplificado, pues la complejidad de toda ciencia naciente aumenta en sus comienzos para ir luego disminuyendo. Para el alquimista, aunque supiera incomparablemente menos que cualquier químico moderno, era más difícil abarcar el escaso saber de su tiempo porque tenía que apren-

der cada hecho aisladamente; mientras que hoy una sola regla condensa en sí millares de hechos aislados».

Los obstáculos señalados, aunque parezcan insalvables por un tiempo infinito, no lo son por siempre; porque llegará también, para la sociología «el día de la cosecha, que le permita reunir todos los granos de los diversos campos en la era de una teoría general. Entretanto, lo mejor que puede hacerse es plantar y regar, y escardar las malezas» (p. 20).

Ni más ni menos es el «but» que el Prof. Nicolai se propuso para su trabajo; suyas son estas palabras, que hemos ordenado en primera persona del singular: «aporto abono para la cosecha futura, a fin de posibilitar así los fundamentos de una ciencia que, como tal, aun no existe; pues sin teoría general no hay verdadera ciencia» (p. 20).

Y luego esta declaración, que llena de sentido irónico todo el profuso andamiaje que el sabio biólogo alemán alzaré en seguida frente a nuestras inquietudes y en vista a nuestras reflexiones: «Como resultaría imposible discurrir acerca de todo lo que atañe a la sociología, *habré de seleccionar, y la selección será necesariamente subjetiva. Unos dirán que he pasado por alto cosas importantes, que hablo de cosas superfluas. No es cosa hacédera dejar satisfecho a todo el mundo. Hablaré de lo que me parece apropiado para formarse una imagen adecuada de nuestra sociedad humana* (p. 20)».

He aquí planteado el problema de la sociología—considerados sus fundamentos reales—tal como lo enfoca el Profesor Nicolai.

#### PUNTOS DE VISTA COINCIDENTES.

Esta actitud del profesor germano no es disonante ni extraordinaria. Diríase más bien que es la que adoptan todos los hombres de ciencia con respecto a la Sociología General. Aun

más, la seguridad de la impotencia de los métodos en uso frente a la amplitud de los conocimientos y experiencias humanos que necesitan consultar y coordinar separa una síntesis sociológica, es cosa tan antigua como el estudio de la sociología misma.

Augusto Comte, inventor del término (1), la llama constantemente *Física Social* a objeto de mostrar en forma más visible las relaciones de la sociología con las otras Ciencias Positivas. Por otra parte, Spencer, considerando el mundo de los hechos histórico-sociales, a pesar de las numerosas generalizaciones en que cae, no deja de reconocer la magnitud casi insalvable del trabajo que significaría la construcción de una verdadera sociología. En 1873, aclarando esta sombra que nubla su espíritu de buceador de verdades, aparece su libro «*Estudio de la Sociología*» (2) en el que abocando el problema en toda la amplitud que le permiten los conocimientos de su época se pregunta dramáticamente «si existe en realidad una Ciencia Social».

Es cierto que se rebela a formular una contestación negativa; pero los argumentos que da para fundamentar su optimismo, no son sin embargo, de los que resuelven un problema, sino de aquellos que lo simplifican en virtud de la ley del menor esfuerzo.

Detengámonos unos instantes en lo que acabamos de decir, citando para ello palabras del propio autor.

---

(1) La palabra Sociología fué construída por Augusto Comte con las sílabas *Socio*, del latín *Societas*, sociedad; y el griego *logos*, estudio (Tratado). Esta construcción, considerada viciosa y que ha merecido de parte de los filólogos duras críticas en contra de Comte, no es, sin embargo, si nos atenemos a los clásicos latinos, todo lo censurable que se quiere, pues existen en el idioma de Cicerón muchas palabras construídas en la misma forma; ejemplos: *Chart-ula*; *Teatr-alis*; *Chlamyd-atus*; *Delph-inus*.

(2) Hemos traducido este título del que lleva la obra en referencia en la edición inglesa: *Study of Sociology*; pues la versión francesa de la misma obra lleva un título lógico—de acuerdo con las ideas que desarrolla el propio Spencer—pero absolutamente incorrecto, desde el punto de vista de las buenas traducciones; este: «*Introduction a la Science Sociale*». Edita Félix Alcán, París, 1908.

«Si él quiere decir (se refiere Spencer a ciertas críticas del canónico Kingsley) que las predicciones sociológicas no pueden ser sino aproximativas, si él niega solamente la posibilidad de hacer de las ciencias sociales una ciencia exacta,—nosotros diremos que esto es negar algo que nadie ha sostenido. La ciencia exacta no es sino la mitad de la ciencia. Los fenómenos de ciertos órdenes tienen tanto relaciones cuantitativas como cualitativas. Pero en los otros órdenes, los factores que producen los fenómenos son de tal modo numerosos y difíciles de medir, que resulta arduo, por no decir imposible, desarrollar bajo la forma cuantitativa el conocimiento que nosotros tenemos de ellos. Estos órdenes de fenómenos no son por esto excluidos del dominio de la ciencia. En geología, en biología, en psicología, la mayor parte de las previsiones sólo son cualitativas; y cuando se presentan como cuantitativas ellas no lo son jamás con una gran precisión, y si, en la mayoría de los casos, de una manera demasiado vaga.

«A pesar de esto, nosotros no titubeamos en considerarlas como científicas. Lo mismo ocurre en la ciencia social. Los fenómenos que ella presenta, más complejos que todos los otros, son también, pero a la inversa, menos susceptibles que todos los otros de ser tratados con precisión; y aquellos susceptibles de ser generalizados sólo pueden serlo dentro de los límites bastante vagos de tiempo e importancia y todavía quedan muchos que nunca podrán serlo. Pero desde que puede haber generalización, y que sobre esta generalización se puede basar una interpretación, existe ciencia.

«Quien quiera que exprese opiniones políticas, quien quiera que afirme que tal o cual dirección impresa a los negocios públicos será ventajosa o funesta, admite implícitamente una ciencia social puesto que implícitamente afirma también que existe por las acciones sociales un orden de sucesión natural y.

puesto que este orden es natural, se pueden prever sus resultados» (3).

Y más adelante, al comenzar el Cap. IV de «Estudio de la Sociología», de donde sacamos la cita en cuestión, estas otras palabras clarividentes:

«La Ciencia Social encuentra obstáculos muchos más grandes que aquéllos que se encuentran en el camino de cualquiera otra ciencia; provienen éstos de la naturaleza intrínseca de los hechos sobre los cuales se ocupa, de nuestra propia naturaleza en cuanto a observadores de estos hechos y de la relación particular en la cual nos encontramos situados con respecto a los hechos sometidos a nuestra observación».

De estas tres dificultades la última, aparece como especialmente poderosa y sin duda, considerada la naturaleza de los hombres, de una categoría a todas luces imposible de solucionar, aunque Spencer se sobreponga idealmente en el sentido de esperar de ella honrada y cercana solución; dice: «La ciencia no presenta otro ejemplo de un elemento estudiando las propiedades del agregado del cual el toma parte. El observador es aquí con relación a los fenómenos que él estudia lo que sería una célula aislada que fuera parte de un organismo vivo a los fenómenos presentados por el conjunto de ese organismo. Generalmente hablando, la vida de un ciudadano no es posible sino a condición de cumplir convenientemente la función que le fué dada por el sitio que él ocupa en el mundo. De aquí nacen entre él y la sociedad toda una serie de relaciones esenciales, que engendran otros tantos sentimientos e ideas de los cuales es imposible desentenderse completamente. He aquí una dificultad que no encuentra analogía alguna en el resto de las otras ciencias. Hacer con el pensamiento abstracción completa de su raza y de su país, poner a un lado los intereses, los prejuicios, las simpatías, las supersticiones infantiles por la vida de su colectividad y de

---

(3) «Estudio de la Sociología»; cap. 2.º

su época, contemplar todos los cambios que la sociedad sufre o ha sufrido, sin dejarse influenciar por las condiciones de nacionalidad, de religión o de interés personal, son cosas éstas que resultan imposible de realizar al hombre mediocre y a las que el hombre excepcional sólo puede sustraerse muy imperfectamente» (4).

Insistimos que estas proposiciones no resuelven en modo alguno el problema planteado, aunque llevan en sí un noble deseo de simplificarlo. Por otra parte ni en éste ni en ninguno de los volúmenes de sociología se preocupa Spencer del problema metodológico, fundamental y necesario para determinar las proporciones del cuadro que se va a someter a estudio luego de una necesaria y detallada explicación. Sin método no hay posibilidades de observaciones generales; sin observaciones generales no hay posibilidad de señalar *leyes* y sin *leyes*,—como dice muy bien Nicolai—no hay Ciencia.

Tantas inquietudes como las que acabamos de anotar, señala, también, Spencer en la obra de conjunto que titula *Sociología Descriptiva*. Pero aun aquí, aunque su poderosa imaginación le permite mirar, casi en detalle, los múltiples obstáculos de esta ciencia, sin descorazonarse entrega a la posteridad el precioso tesoro de sus investigaciones personales, sobre todo de carácter antropológico, que fuera realizando en pacientes y laboriosos años de admirable dedicación y de estudio.

Con mayor escepticismo, pero con las ventajas de recurrir a los rigores del método, no sólo en el modo particular de aplicarlo sino también en la necesidad científica de definirlo, el profesor Emilio Durkheim llega a conclusiones muy parecidas a las del profesor Nicolai.

Durkheim divide la *Sociología General* en dos grupos esquemáticos: *morfología social* y *fisiología social*. La *morfología social* comprendería a su vez los siguientes estudios: *base geo-*

---

(4) Ob. cit.; cap. 4.º

gráfica de los pueblos en sus relaciones con el organismo social; consideraciones acerca de la población, su volumen, su densidad, su disposición sobre el suelo. Y la fisiología social, estos otros: Sociología religiosa, moral, jurídica, económica, lingüística y estética.

Bastaría la exigencia de una utilización razonada y coordinada de estos conocimientos—que eran los que se presentaban con más urgencia al criterio positivo de los sabios de principios de nuestra centuria—para hacer quimérica la realización de una obra de verdadera Sociología General. Así lo comprendió el mismo Durkheim que no titubeó en escribir a este propósito frases que equivalen a una sentencia; oigámosle: «En la actualidad (año 1910) es imposible a un sociólogo poseer los conocimientos enciclopédicos que necesita su ciencia; pero es necesario que cada sabio se dedique a un orden especial de problemas, si no quiere contentarse con sólo vistas muy generales y vagas, que pudieron tener su utilidad en tanto que la sociología daba sus primeros pasos en la exploración de sus dominios y tomaba conciencia de ella misma, pero que no debía tardar en dejarlas de lado».

Estas mismas observaciones de Durkheim, (5) se repiten, a lo largo de lo que llevamos recorrido de nuestro siglo, por casi todos los sabios de significación que se han dedicado al estudio de estos problemas, por eso no insistimos en traer a colación más testimonios de autoridad, aunque señalemos, eso sí, que es junto a los nombres indicados y a los que siguen hoy igual actitud de digna y razonada impotencia,—considerados los actuales e insalvables obstáculos en que se encuentra la ciencia que nos

---

(5) Los que quieran seguir con más finura el pensamiento de Durkheim en este orden de estudio, sacarían provecho consultando las ricas, sugerentes observaciones que integran el pequeño y famoso volumen intitulado «*Regles de la méthode sociologique*». Aunque superado en sus enseñanzas, a la época en que estamos, siempre obtendrán gran provecho los estudiantes que lo consulten.

preocupa—donde el profesor Nicolai ha ido a buscar un sitio de prestigiosa compañía.

#### CONCEPTOS MÁS RESTRINGIDOS.

Sin embargo, cabe para los hechos sociales un concepto más restringido; todo depende del punto de vista en el cual nos coloquemos. Situados en medio de la amplitud de las exigencias de la Sociología General, nuestras probabilidades de obtener una medida sintética de los fenómenos que afectan a la colectividad humana serán naturalmente, cada vez menores; pero si nos desplazamos hacia un concepto más actual de la sociología, podemos, sin duda, obtener un alto grado de precisión científica y cierto práctico provecho.

Todo depende—repetimos—del panorama que queramos dominar, subordinado de antemano a la elección de nuestro punto de vista. Si es el hombre el que nos interesa directamente y si queremos estudiar los fenómenos sociales a través de su propia evolución, no hay duda que el panorama es ilimitado, aun cuando en sus condiciones particulares sea éste un asunto de la Biología; mas, si por lo contrario nos interesan en forma especial las repercusiones de todo orden que produce en nosotros la gravitación de la atmósfera y del medio en que actuamos, el tema, aun dentro de su gran amplitud, se presenta con límites razonables. Pues bien, es en este último momento cuando la Ciencia Social se hace práctica, inferidos como quedan sus efectos a la tierra, y a la producción, distribución y consumo de los bienes que ésta posee.

«Pero lo antedicho pertenece a la Economía Política—dirá algunos—y no Sociología».

Y nosotros les respondemos: «En manera alguna, sin que esto signifique negar su necesaria vinculación con ella».

Si es cierto—como sostienen algunos economistas—que el ambiente de cada organismo es la suma de sus condiciones

económicas, no es menos cierto, también, que en las consideraciones subsiguientes a esta proposición, todo el campo sociológico queda invadido por la pugna de las doctrinas económicas que desean interpretar esa misma realidad. De este modo, y por gradación de planos, de día en día más sospechosos, la ciencia se convierte en teoría y la teoría en política...

Para un «economista», el mundo debe ser fundamentalmente rectificado; esa, ni más ni menos, es la pretensión de las teorías económicas. Lo mismo pensará cualquier «político» de acuerdo con la ciencia que lo informa. Y, precisamente, las doctrinas que defienden el economista y el político son, insistimos, para eso: para reformar el mundo. En un plano metafísico, esta actitud es la misma del profeta y del predicador religioso.

El sociólogo, no. El sociólogo tiene frente a él, una correlación de fenómenos que debe estudiar como tales fenómenos de la naturaleza, anotándolos, relacionándolos, clasificándolos. Es un iluminador de realidades, que circunscribe y observa con detenimiento los hechos sociales a fin de descubrir en su organización funcional, cómo se integran sus partes y cuáles son las leyes que los rigen; y que luego expone con método y claridad los resultados a que llegó con sus investigaciones.

En lo que se refiere a la *Sociología Práctica* (aceptemos esta denominación como oponiéndose a *Sociología General*) el investigador no puede ir más allá de la unión o vinculación del objeto al sujeto; de lo inmóvil o relativamente inmóvil que es el medio geográfico a lo movable y actuante que es el hombre. De ahí que su método debe ser el método experimental *a posteriori*, inductivo; puesto que el investigador va a buscar causas y no finalidades. Ahora bien: si llamamos *práctica* a esta sociología, es por la posibilidad que ella da a la cultura general y en especial a la política de modificar los fenómenos modificando sus antecedentes, pero sin que esto quiera decir que tal consecuencia la deje vinculada a ningún sistema de utilidad inmediata.

Esta división de la sociología no es absoluta ni implica una

novedad. La idea de seccionarla, apareció junto con la enunciación del término y del contenido que lo enriquecía. Su propio enunciador, Augusto Comte fué el primero en distinguir en ella dos partes: la *estática* y la *dinámica social*.

La *estática* supone a las sociedades como un todo inmóvil, como si estuvieran fijadas en el tiempo en un momento determinado de su desarrollo histórico; y considerada esa situación, trata de buscar entonces las leyes que rigen su equilibrio. A esa medida en el tiempo, responde otra de una correlación de individuos y grupos de característica o género determinado, que aseguran y sostienen la cohesión social no sólo del estado que integran sino, también, de los diversos estados que ostentan el mismo tipo de civilización. Estas conexiones de carácter moral y material se nivelan por una parecida o idéntica línea de cultura; por ejemplo—de acuerdo con la *estática*—la ciencia, la religión, el arte, la industria, etc., responden, simultáneamente, en un momento determinado de una civilización, a un mismo tipo de desarrollo intelectual; es decir, a tal grado de ciencia, corresponde tal otro de religión, de arte, de industria, etc. Conformada así esta división de la Ciencia Social, la *estática* trata de establecer como se forman y en que consisten los lazos de solidaridad que mantienen la cohesión de los grupos y como se establecen esas conexiones.

A la inversa de la *estática*, la *dinámica* considera a las sociedades como organismos movientes y los observa en su pleno desarrollo y transformaciones sucesivas, esto es, en su evolución, para buscar, a través de sus fenómenos correlativos, la ley que los rige. De estas observaciones, Augusto Comte obtuvo los términos de lo que él llamara *la ley de los tres estados*, según la cual la Humanidad ha pasado necesariamente, (y tendrá que pasar en los pueblos que aun no han alcanzado su completo desarrollo) por tres edades sucesivas: *La edad teológica, la edad metafísica y la edad de la ciencia positiva*, que es la que actualmente persigue.

Sin embargo, a pesar de la genial categoría de la observación comteana, ésta distinción de estática y dinámica, aplicada a la sociología no puede considerarse sino como una abstracción convencional del Maestro del Positivismo; pues es fácil comprobar que «en la realidad lo *quieto y estable* no está aparte de lo que *se mueve*».

Otro sociólogo, el norteamericano Lester F. Ward, ateniéndose más a los resultados prácticos, divide a la Ciencia que nos preocupa de acuerdo con un fin de utilidad colectiva, con vistas a la acción social. Para nuestro entendimiento esto le quita serenidad e independencia a su obra, a pesar de que él, con brillantísima dialéctica y método expositivo de primer orden, trata de librarse de cualquiera sospecha de «apriorismo». Mas bastaría no olvidar que es suya la afirmación de que «el medio transforma al animal, mientras que el hombre transforma al medio», (6) para saber de qué se trata; tal sentencia, de la más absoluta relatividad, no es propia de un experimentador sino de un teorizante.

Ward separa los hechos, causas y principios de la sociología, de la aplicación o empleo de la misma. A la primera división la llama *Pure Sociology* (Sociología Pura) y a la segunda: *Applied Sociology* (Sociología Aplicada).

La Sociología Pura se refiere, pues, a los factores que intervienen en la producción del fenómeno social en sí y a las circunstancias que determinan su evolución; y, aunque corresponde a la *dinámica* de Comte (Ward mismo adopta este término—*Dynamic Sociology*—en un libro suyo de 1883) el punto de vista del sociólogo americano se distancia mucho del otro concepto, del de la *estática*, que integra el pensamiento del filósofo francés. Mostrar la obra (*achievement*) que realiza el ser social, señalando su mecanismo espontáneo y la manera cómo éste funciona, he aquí el trabajo que debe realizar la Sociología Pura.

---

(6) *Pure Sociology*, p. 16.

Otra es la tarea de la *Sociología Aplicada*. Aquí se trata (¿simplemente?) de relacionar los factores psíquicos que sostienen el armazón material de la sociedad, con un cierto fin cósmico, con esa especie de idealismo platónico hacia el bien, hacia lo que *debería ser*, que carga y cultiva con innegable constancia la evolución de la Humanidad.

Ward, al explicar su sistema, debió sentir sin duda que la tierra se movía un poco bajo sus pies, haciéndole perder esa imperturbable y fría actitud, propia del verdadero inductivo; y es tal vez por este motivo que se adelanta a borrar cualquiera sospecha de evangelista o predicador que pudiera atraer su actitud en los círculos sabios. El mismo, entonces, se encarga de manifestar que la Sociología aplicada «no trata de aplicar por sí los principios sociológicos sino de señalar cómo pueden ser aplicados. Es una ciencia y no un arte». Pero en seguida agrega, sospechosamente: «Lo más que pretende llevar a cabo es mostrar algunos principios generales como guías de la acción social y política. Pero en esto debe ser sumamente cautelosa. Y sólo puede tener una relación general con los sucesos corrientes y con las cuestiones populares de candente actualidad (!). El sociólogo que se resuelve a discutirlos, especialmente si toma posición ante ellas, abandona su ciencia y se convierte en político» (7).

La Sociología Práctica difiere de lo antedicho en que su trabajo—como lo dejamos establecido cuando nos referimos a ella—se reduce a establecer los hechos propios a su estudio, a desentrañar los nexos que mantienen la cohesión de los grupos y del hecho social estudiado y a establecer o descubrir las leyes que rigen el fenómeno mismo. *Y nada más*. La tarea de buscar aplicaciones posibles de las verdades establecidas experimentalmente en los hechos de la vida especulativa, teórica y doctrinaria de la humanidad, no pertenecen a ella, aunque ella entrega gustosa estas verdades a la utilidad y al mejoramiento del ser

---

(7) *Applied Sociology*, p. 10.

colectivo, que a su vez debe tener investigadores y estudiosos que señalen sus defectos e interpreten sus necesidades.

Por eso la Sociología Práctica hunde sus raíces en la tierra, y se nutre de ésta y de las condiciones del ambiente en que se desarrollan los grupos o colectividades estudiadas.

Son los ambientes los que presentan a la vida animal posibilidades de adaptación. El hombre puede corregir, con artificios, ciertos rigores de ese ambiente; aun más: en determinados casos, puede variar a su favor—pero siempre utilizando los medios que ese ambiente pone a su alcance—algunas condiciones ingratas, que de no mitigarse, harían imposible la existencia humana. Pero jamás, en ningún momento ni circunstancia, podría él *transformar* el ambiente en que vive; porque, entendámonos, un ambiente no es tal o cual condición susceptible de ser transformada, sino *todas las condiciones* que lo determinan.

Ahora bien; nosotros derivamos de la tierra. Sobre la superficie del globo que habitamos, los organismos, en su formación, crecimiento y desarrollo, no han hecho otra cosa que adaptarse a un ambiente; y, variadas las condiciones de éste, buscar uno nuevo que les sea favorable. Tenemos, entonces, que la acción del ambiente sobre los organismos, es decisiva, fundamental; de ella depende la vida misma, puesto que en ella se origina. Pero como los organismos se multiplican y los ambientes no, existe, sin embargo, continua y progresiva una variante circunstancial que puede dividirse en dos efectos: incapacidad por aumento del consumo o desequilibrio de la producción, de que se mantenga el nivel sustentador o alimentador de un ambiente dado y búsqueda del organismo en peligro,—que inmediatamente tiende a trasladarse a un ambiente menos poblado o de mejor calidad productora,—de su readaptación, venciendo (pena de muerte al que no lo consigue) todos los obstáculos que se le presenten. Este triunfo, según la célebre fórmula de Darwin, correspondiente a uno de los aspectos más universales de la lucha por la vida, corresponderá a los *mejores adaptados*. En cuanto al

índice que marca la amenaza de peligro en la sociedad humana con respecto al ambiente a que está adscrita, lo encontraremos, en primer término, en la *producción*. Mientras el hombre produce lo necesario para subsistir—se subentiende que aquí solo nos referimos a las causas internas de la estabilidad o decadencia en las condiciones de un medio señalado—el grupo en que está adscrito no rompe sus condiciones con el ambiente. Pero esta conexión no es estática; existe junto con la instintividad de vivir un deseo correlativo de ensanchar en forma de bienestar y goce las posibilidades de adaptación. Ahora, el esfuerzo que hace un organismo para ensanchar esa posibilidad de adaptación en un medio determinado—la «voluntad de dominio» de que hablara Nietzsche—se traduce en una fórmula que conviene a todo lo existente: en la palabra *evolución*. Cuando un organismo evoluciona y toma nuevas características que permiten su adaptación a diferentes medios, mejora con esto sus condiciones generales; es lo que en sentido social humano, y especialmente en el dominio político, llamamos *progreso*.

Hemos dicho ya que el ambiente de cada organismo es la suma de sus condiciones económicas; de ahí, que en un medio de condiciones económicas bajas, si los organismos adaptados a él no relacionan sus exigencias con un medio de más altas posibilidades, decrecen en fuerza orgánica o entran en un período de franca *evolución regresiva* (8). Naturalmente, toda manifestación hacia el exterior del grupo, toda vinculación social de un ambiente con otro, es producto de organismos cada vez mejor desarrollados; por que la economía de un organismo, mientras

---

(8) Si no fuera por el intercambio de productos por productos, en el que quedan relacionados los elementos propios a la alimentación con los elementos necesarios al mejoramiento social e industrial de los grupos (vestuarios, artes, armas, etc.,) muchos países, después grandemente desarrollados, no habrían podido subsistir largo tiempo. Por ejemplo la actual producción agropecuaria de Inglaterra, con respecto a su población actual, apenas si bastaría para sostenerla unos pocos meses.

más perfecto sea éste, es mucho más compleja que la de un organismo más bajo, aunque los principios que la rigen sean siempre invariablemente iguales.

Así planteado el problema, tendremos que llegar, por lógicas inferencias, a las mismas conclusiones del economista Simón Patten, esto es que «las causas de la evolución radican en las condiciones económicas, y sus efectos se manifiestan en los organismos» (9). Es este, pues, en último término y circunscrito en su objetividad, el estudio a que debe dedicarse la Sociología Práctica.

#### NICOLAI Y LA SOCIOLOGÍA.

Está demás decir, que el único interés nuestro al hacer las anotaciones anteriores ha sido colocarnos en un punto de vista que abarque un horizonte más restringido que el de la Sociología General y mayores beneficios para el inmediato aprovechamiento de la juventud estudiosa. Nos hemos abstenido, premeditadamente, de hacer una lista o inventario de las posibilidades sociológicas que existen o de las teorías o doctrinas que por el mundo abundan, tratando de impresionar la buena voluntad de los cándidos.

Pero como tampoco queremos hacer cátedra negativa con respecto a otras opiniones sociológicas que las aquí expuestas, no insistiremos más en la materia, para preocuparnos sólo de lo que afecta al libro del autor cuya obra dió origen a éstas líneas.

El mismo se adelanta a nuestras dudas, al comienzo de su trabajo, y nos dice que tendrá que seleccionar «y la selección tendrá que ser necesariamente subjetiva. Unos dirán—pág. 20— que he pasado por alto cosas importantes, que hablo de cosas superfluas. No es cosa hacedera dejar satisfecho a todo el mundo. Hablaré de lo que me parece apropiado para formarse una imagen adecuada de nuestra sociedad humana»

---

(9) *Theory of Social Forces.*

Aquí mismo es donde empieza la falta de método; sin contar que—con respecto al título—debió ponerle a su obra, en el mejor de los casos: «*Algunos Fundamentos Reales de la Sociología*», y no el que ahora lleva. Pero esto lo cargaremos a defectos del lenguaje; es preciso no olvidar que el Prof. Nicolai escribe en un idioma que no es el suyo.

Volvamos, pues, a la cuestión del método. Nicolai, como lo hemos visto, promete hablar lo necesario para darnos «una imagen adecuada de nuestra sociedad humana». Pero esta imagen no se divisa por ninguna parte, no se perfila ni siquiera en forma vaga e indeterminada. Claro está que las palabras «humanidad», «hombre», «organismo social», etc., surgen a cada paso; mas esto, en modo alguno, da una idea de conjunto respecto a lo que es la sociedad humana, pues Nicolai se detiene mucho más en hablarnos de los monos, que en lo que fueron en sus comienzos y en lo que hoy en día son las colectividades del «*homo sapiens*».

Para que alguien pueda dar «una imagen adecuada» de la sociedad humana, lo primero que tiene que hacer es utilizar todos los elementos objetivos que tenga a su alcance, con los que, una vez reunidos, intentará el dibujo de los rasgos y las características de ésta, y no se desparramará, como lo hace Nicolai, en una serie de incidencias eruditas donde a la postre la humanidad toda, con sus instituciones, su orden y su decantado progreso apenas si puede señalarse como un pequeño accidente dentro del maremágnum de datos que el sociólogo fué amontonando a su alrededor. Es el caso de los andamiajes que de puros altos y complicados tapan para el transeúnte los detalles del edificio.

En 193 páginas, aunque muy bien divididas en el índice, pero nada más que en el índice, el profesor Nicolai habla de todo, con la substancia y médula que arrancara para su acervo de estudioso durante sus incursiones por la Sociología General. La Astronomía, las Matemáticas, la Bioquímica, la Física, la Antropología, la Zoología, etc., pasan junto a él y expresen una

gotita de sus múltiples experimentaciones, las que el sabio investigador alemán recoge en el vaso de su curiosidad, para en seguida entregárnosla en un volumen de relampagueante erudición. Pero ¿qué nos regala al final de esta lujuria de afirmaciones diversas? Nada y mucho: un haz de conocimientos heterogéneos, reunidos sin orden ni ilación; pero que cautivan el espíritu, nos inquietan, nos entregan sus partículas de oro, su arenilla de ciencia, y luego nos dejan una gran alegría en el alma: la que saben dar los libros que no aburren.

Naturalmente, hombre de mucha práctica universitaria, el profesor Nicolai sabe decir las cosas. Casi siempre habla con categoría de sabio; y aunque es muy posible que a veces piense sin firmeza, nunca, sin embargo, es altisonante ni trata de cosas insustanciales. Lo que no quiere decir, en modo alguno que sea siempre un portento de precisión ni de gajo razonar...

Es aquí donde anotamos su falta de serenidad. Pero no queremos que se piense que estamos haciendo afirmaciones gratuitas, y vamos a reducir nuestras palabras a ejemplos. Refiriéndose a la relatividad de la ciencia, y al margen de imprecisión que todavía deja para el investigador y el hombre de estudio, escribe, página 131:

«Por desolador que nos parezca, no nos queda otro recurso que darnos por contentos con un trabajo a medias y hasta el diez por ciento, con la esperanza de que las venideras generaciones vayan añadiendo su por ciento más, unas tras otras. Lo demás no pasa de ser un juego infantil de almas henchidas de pretensiones irrealizables. El misticismo es el consuelo de los pobres de espíritu, y resulta bien característico que el más famoso de los místicos alemanes, Jaacob Boehme, fuera un pobre zapatero sin erudición ninguna».

En este párrafo hay tres graves afirmaciones de una intolerancia fanática inaceptable: a) Lo que no es Ciencia Expe-

rimental, objetiva, «no pasa de ser un juego infantil de almas henchidas de pretensiones irrealizables»; b) El misticismo no tiene ningún valor cultural puesto que es «el consuelo de los pobres de espíritu»; y c) Bastaría para probar lo anterior el hecho de que Jacob Boehme—a quien Nicolai le resta de inmediato su inmenso valor—«fué un pobre zapatero sin erudición ninguna».

Con la afirmación contenida en la letra «a», Nicolai, de una sola plumada, barre con todo el pasado, el presente y el futuro de la filosofía, basada durante siglos en la especulación de las categorías intelectuales y,—¡es de imaginarlo!—preparada, en lo que resta de vida al espíritu humano, a no renunciar a ninguno de los atributos del pensamiento, porque ello equivaldría renunciar a su propia superioridad zoológica. ¿Acaso la ciencia experimental no fué basada, desde sus comienzos, en los anticipos filosóficos de los grandes pensadores de la Humanidad? Negarlo, equivaldría a creer en la generación espontánea de un *pensamiento científico experimental*, absurdo que no se habrían atrevido a suscribir los más empedernidos materialistas del siglo XIX.

Con la afirmación de la letra «b» el profesor Nicolai pasa, como de un salto, por sobre la importancia fundamental de las religiones, se burla de una de sus características más importantes y deja de un lado el problema de la experiencia religiosa, tan inquietante para el antropólogo como para el filósofo y de tan vastas proyecciones en el espíritu de los hombres. Por último, con la afirmación de la letra «c», el doctor Nicolai, poniéndose de frente y en la más despectiva actitud para una corriente filosófica respetable, trata de empequeñecer la curiosa, profunda y cautivadora figura de Jacob Boehme, que él, hombre de números, hombre de laboratorio, de microscopios y de medidas exactas, no logrará jamás comprender, porque para ello se necesita tener en el alma otra clase de inquietudes y otra clase de ensueños.

Confirmando nuestra última sospecha, llega a suscribir frases que no dicen relación con la seriedad propia al científico;

hablando de la velocidad de la luz y de las distancias que ésta recorre, escribe a la pág. 57: «... resulta evidente que, aun para un Dios, sería materialmente imposible visitar, durante el período vital de los astros, más que la mil millonésima parte de su vasto reino».

Esto no se puede pensar en serio. Si Dios no existe o no se cree en él, es absurdo nombrarlo; pero si existe, si Nicolai se pone en la hipótesis que existe, debe suponer entonces que para la Divinidad no debe haber obstáculo alguno, puesto que al pensarla como tal divinidad, debemos imaginar que se trata de una conciencia activa, infinita, imponderable, omnipotente, eterna.

Hablamos como simples críticos, sin afiliarnos, aquí, a ésta o aquella corriente filosófica; pero, adelantándonos a cualquiera sospecha de *parti pris*, manifestaremos que este materialismo provocativo de Nicolai, no es siempre estrictamente experimental. Su odio a la guerra, por ejemplo, es un sentimentalismo muy alto, muy interesante, muy noble, pero al fin de cuentas, *sentimentalismo*, pues ni la Historia Política, ni la Historia Natural, ni ninguno de los hechos observables del mundo de lo viviente, excluye esta idea de la competencia mortal, que en la especie humana adquiere con la forma bélica su característica más consciente y terrible.

Advertimos, por creerlo necesario, que somos enemigos personales de la guerra y que consideramos que la actitud de Nicolai es de las más hermosas que se pueden encontrar; pero junto con ser un poeta y un romántico—de quienes, sin embargo, reniega en cierto modo—el profesor Nicolai es, antes que nada, por propia y altiva voluntad, un experimentador, un hombre de ciencia, que cree en ella con fanatismo del siglo XIX; entonces a nosotros, basados en esta su actitud, no nos queda otro camino que exigirle una severa consecuencia con las normas que se impuso, enrostrándole con cariño y consideración, que como experimentador que es, haya falseado los hechos. La vida humana es un combate, y él no tiene excusas para no ver este hecho.

anotarlo como unánime a la especie y a todo los tiempos desde que hay recuerdos dignos de señalarse, y sacar de él las consecuencias generales que imperiosamente se deducen.

Pero Nicolai no sólo no cumple esta obligación de sabio, de escrupuloso experimentador; sino que además de negar el hecho, se ayuda de testimonios dudosos. En la pág. 144, cita a Nietzsche como enemigo de la guerra, y para ello copia un aforismo del cantor de Zaratustra: «Quiero la lucha, pero no la lucha con pólvora y humo, sino la de los espíritus».

No basta. La actitud de Nietzsche es muy ambigua en este sentido. Por otra parte, de acuerdo con las doctrinas de «la voluntad de dominio», es fácil creer que era más partidario de la guerra que no enemigo de ella. Algunas palabras el mismo autor convencerán a nuestros lectores de lo que decimos:

«Nos engañamos completamente acerca de los animales de rapiña, y también acerca de los hombres de rapiña (por ejemplo César Borgia); nos engañamos acerca de la naturaleza mientras queramos ver en el fondo de estas manifestaciones monstruosas y tropicales una especie de enfermedad, una especie de infierno innato: si son precisamente los más sabios y los más vivos digan lo que quieran los moralistas. Los moralistas aborrecen los bosques vírgenes y los trópicos. Calumnian a los hombres tropicales, llamándolos degenerados. Y ¿por qué así? ¿Acaso en favor de las zonas templadas? ¿En favor de los hombres moderados? ¿De los hombres morales, de los mediocres? He aquí otra observación para el capítulo la moral como forma del miedo» (10).

---

(10) *Más allá del bien y del mal*, 197.

«En desprestigio de la guerra puede decirse: la guerra hace al vencedor brutal, al vencido malvado. Y en favor de la guerra: introduce la barbarie en las dos consecuencias dichas, y, por ello, conduce a la naturaleza: es para la civilización un sueño o una invernada; el hombre sale de ella más armado para el bien y para el mal» (11).

Podríamos multiplicar los ejemplos para mostrar, en el peor de los casos, lo dudoso del pensamiento nietzscheano a este respecto; pero, en modo alguno, una definitiva enemistad suya por los métodos bélicos, y sí todo lo contrario.

Y ya que estamos de citas y hablando de guerra, permítase-nos una última y pequeña observación. En unas divagaciones sobre este mismo tema, Nicolai escribe a la página 137: «*Plauto* inventa la frase que tan terriblemente suena: «*Homo homini lupus*» (el hombre es lobo para el hombre) y *Francis Bacon* la repite; pero esa frase no era más que la comprobación de un hecho; y ni para uno ni para el otro era la apología del hecho mismo. Lo mismo se diga de la célebre «guerra de todos contra todos» de *Hobbes*: *pues como siempre ningún gran hombre trató de glorificar la violencia*».

No haremos mucho hincapié en esta frase, que de por sí es antojadiza y filosóficamente mal construída, pues bien poco importa que los grandes hombres no hayan glorificado la violencia—lo que también es inexacto en muchos de ellos—si estos mismos grandes hombres la han puesto en práctica y han vivido sobre sus ancas en los períodos más notables y briosos de su existencia; nos vamos a referir mejor a la frase de *Plauto*, que *Nicolai* cita mal. La frase en cuestión es ésta: «*Lupus est homo homini, non homo; quum qualis sit non novit*, (12) lo que traducido

---

(11) *Humano demasiado humano*, 444.

(12) *Asinaria*, II, 4-88.

en su sentido alegórico, quedaría así: «El hombre es solo un lobo para su hermano el hombre, tan largo como sabemos de él».

Es posible, aun más, es lógico suponer que la frase que cita Nicolai derive de la de Plauto, pero en la forma que la usa nuestro amigo el profesor germano, la divulgó Hobbes y no el escritor latino. Este pequeño error de Nicolai se debe a la fuente de información: seguramente tomó la cita de esos pequeños repertorios de locuciones latinas y extranjeras, que con tanta frecuencia mienten y cambian el sentido de las frases, a causa de sus malas traducciones y peores informes, en materia de letras clásicas, de lo que nos dejó en aforismos y enseñanzas breves el pensamiento de los antiguos.

Y para terminar esta confesión de honrada sinceridad: respetamos al profesor Nicolai, y lo distinguimos como uno de los valores extranjeros que en la actualidad dan honra y provecho a nuestro país; pero creemos que sus conocimientos estarían mejor aprovechados en la Biología y en la Fisiología, ramas de la ciencia que el domina en una amplitud considerable y de la cual es un verdadero y destacado maestro, no importa la latitud mundial en que se le coloque.